

## Revoluciones y socialismo en el siglo XXI

Guillermo Almeyra<sup>1</sup>

Vivimos en una fase en la que el capitalismo ha exacerbado todas sus contradicciones (entre la sociedad humana y la Naturaleza, que coloca a la Humanidad al borde de un desastre ecológico, entre la concentración creciente de la riqueza en un polo y de la pobreza en el otro, entre el carácter mundial del sistema y el reforzamiento de las políticas imperialistas y bélicas basadas sólo en el interés de un reducido sector de las clases dominantes de Estados Unidos, entre la nunca vista disponibilidad de medios técnicos y alimentos y la subsistencia de la miseria y de la hambruna entre los sectores que “no son mercado”, entre la necesidad de realizar tareas comunes para enfrentar en conjunto el agotamiento relativo de los recursos y el egoísmo de gobiernos que prescinden del interés colectivo e incluso del de su propio pueblo, como sucedió en Estados Unidos cuando el huracán Katrine, para sólo pensar en el lucro del grupo gobernante).

Pero el capitalismo, como todo sistema histórico, no caerá sólo por sus propias contradicciones, como piensa sin embargo I. Wallerstein. El capital y el capitalismo son relaciones sociales y si éstas no se modifican, para acortarles la vida y eventualmente eliminarlos, se lamerán las heridas y, maltrechos, se adaptarán a las nuevas condiciones de desastre que están organizando. Por eso esta ponencia intenta responder a la pregunta de si es posible la revolución en el siglo XXI, de cuál serían su dinámica y sus características si lo fuera y de cómo se construye una conciencia anticapitalista en el proceso de las luchas por las reformas sociales y democráticas y qué papel le correspondería a los socialistas en una lucha de masas objetivamente anticapitalista pero que se libra, en realidad, por objetivos inmediatos que no lo son.

Para empezar, en el mundo actual, a diferencia del siglo XX, quienes luchan concientemente por el socialismo son sólo una ínfima minoría de personas, por lo general presentes sobre todo en los países del Hemisferio Occidental, ya que no se puede considerar socialistas a todos los habitantes de los países cuyos dirigentes dicen serlo pero, en realidad, como China, Viet Nam o Corea del Norte, combinan valores y políticas capitalistas con un Estado burocrático fuertemente centralizado. El socialismo entendido en términos marxistas como “régimen de comunas libremente federadas”, como “gobierno de las cosas y no de las personas”, como “gradual desaparición del Estado”, como “autogestión social generalizada”, no existe en parte alguna del planeta y los trabajadores e intelectuales que luchan en esa perspectiva son poquísimos a escala mundial e incluso en los países donde el pensamiento socialista tiene mayores tradiciones.

---

<sup>1</sup> Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco, y de la UNAM. Dr. en Ciencias Políticas y Maestro en Historia por la Universidad París VIII. Libros más recientes: “La Protesta Social en Argentina-1990-2004”, Ed. Peña Lillo-Continente, Buenos Aires, 2004 y “El Istmo de Tehuantepec en el Plan Puebla Panamá”, con Rebeca Alfonso Romero, México, 2004, Ed. De la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). E.mail: galmeyra@hotmail.com

La inmensa mayoría de la población mundial cuando está politizada está influida, en el mejor de los casos, por el nacionalismo antiimperialista, que puede estar envuelto en ropajes religiosos (tal es el caso del mundo islámico) o étnicos (en el caso peruano con Ollanta Humala, pero también de aymaras bolivianos, como Felipe Quispe). La visión clasista-explotados vs explotadores- es sustituida y ocultada/revelada por la dicotomía “pobres vs ricos” que no prepara teóricamente para luchar por cambiar el sistema social sino, por el contrario, para imponer reformas que intenten la utopía de hacerlo más justo y humano.

Incluso en los países en los que se proclama algún tipo de socialismo es omnipotente el Estado y no las masas autorganizadas democráticamente y capaces de tomar todas las decisiones. El paternalismo bien intencionado pero paternalismo al fin de la política de Hugo Chávez perpetúa el Estado capitalista y, al mismo tiempo, impide el avance de la conciencia socialista. Porque no puede haber progreso del socialismo donde los trabajadores, en primera persona, no puedan encarar la solución de sus propios problemas y de los del país y no tengan independencia política y organizativa frente a la burocracia estatal que cristaliza métodos, valores, privilegios y concepciones propios de un sistema de explotación de clase aunque, en ciertos países, no sea una clase sino sólo una casta. Si nadie, ni siquiera los 18 millones de miembros del llamado Partido Comunista de la Unión Soviética, defendió el pretendido “socialismo” oficial y si los burócratas responsables de mantener la supuesta “ortodoxia marxista” pasaron sin problema alguno a ser miembros destacados de la mafia, es porque el régimen burocrático había despolitizado y disgregado la sociedad y, con sus horrores, la había vacunado contra ese “socialismo real”, tal como lo denunciara, entre miles de otros, el Che Guevara.

Por eso –insisto, por ahora, ya que los cursos revolucionarios tienen su propia dinámica y podrían dar origen a grupos socialistas- asistimos a revoluciones sociales sin socialistas (como en Bolivia) y el capitalismo, como siempre, prepara las revoluciones, pero sin una presencia importante de los socialistas para encauzarlas. Como se decía en otros tiempos, los “factores objetivos y los subjetivos” no coinciden...

Lo que esencialmente caracteriza a una revolución es, como decía Trotsky, que había dirigido una y, además, había sido su historiador, es “La entrada vigorosa de las masas al reino del gobierno de su propio destino.”<sup>2</sup> La lucha entre ideología y visiones del mundo diferentes y la disputa del poder central son otras de sus características. Pero el teórico marxista ni sueña en poner como característica esencial de una revolución la existencia previa de un “grupo”, “partido”, “corriente de ideas” o “precursor” ni, mucho menos, que la revolución responda teóricamente al nivel que determina la rebelión contra la fase mundial de desarrollo por la que atraviesa el país dentro del sistema mundial. En una palabra, para ser una revolución, en nuestra época, no necesita proclamarse socialista desde sus comienzos –como pretenden muchos dogmáticos seudomarxistas.- Porque de lo que se trata es de liberarse del capitalismo (~~y particularmente porque~~ habría ~~quede~~ aclarar en primer lugar de cuál socialismo hablamos, teniendo en cuenta que, como hemos dicho, el “socialismo realmente existente” vacunó a toda Europa Oriental y a Asia contra la idea misma de socialismo).

En los tiempos largos braudelianos, estamos aún, en efecto, ante el incumplimiento a escala mundial de la revolución democrática que inició y enfrentó, sin concluir, la Revolución Francesa. Pero ese curso democrático –revoluciones de independencia nacional, revoluciones, como la boliviana, para reconstruir el país sobre otras bases mediante una Asamblea Constituyente, sentido que le dan los trabajadores y campesinos

<sup>2</sup> León Trotsky (1967), *The History of the Russian Revolution*, 3 vol. (Londres) vol. I, pág. 15

[venezolanoehapista](#) a los cambios económicos- se entrelaza con elementos socialistas porque el mundo no puede seguir tolerando sin daños terribles la subsistencia, por unas décadas más, del sistema capitalista y de sus terribles (en términos sociales) políticas neoliberales.

No ~~sólo-sólo~~ [F. Fukiyama](#) decretó “el fin de la historia” para darle apariencia de eterno y correspondiente a la naturaleza de las cosas al reinado del capital financiero internacional (que, como todos los anteriores, se disipará en polvo). También y por los mismos motivos políticos – [o sea, para](#) acabar con ~~los precedentes históricos~~ [idea](#) de que [los regímenes pueden cambiar](#) ~~pore-se puede cambiar el régimen eon-~~ la violencia revolucionaria- hay desde hace más de 20 años una ola de revisionismos históricos que pretenden negar que la revolución de independencia norteamericana, la revolución inglesa, la francesa, la mexicana, la rusa, la china, hayan sido revoluciones, y buscan degradarlas al carácter de simples rebeliones y de fases en la modernización del Estado, ese gran “Dios” del desarrollo social. Alfred Cobban y Francois Furet dicen por ejemplo en Francia que la revolución de 1792 es un paréntesis en lo imaginario porque la sociedad siguió su curso. Claude Lefort va más lejos al decir que la revolución “es un mito”. Sobre la revolución mexicana Ramón E. Ruiz, Jean Meyer, Francois X. Guerra, hablan más bien de una etapa en la modernización del capital y del Estado y, el primero, de una “gran rebelión”. En general, tiene el mismo carácter la nutrida discusión sobre el carácter de la Revolución mexicana que refleja el trabajo de Alan Knight sobre si la misma era burguesa, nacionalista o simplemente “una gran rebelión”. Los dogmáticos, mirando la Revolución Rusa interpretada por ellos como modelo de revolución socialista, sostenían, que esa movilización de campesinos que querían tierra y derechos no cambiaba en lo esencial el carácter del capitalismo en México mientras los ultraizquierdistas y románticos<sup>3</sup> extrapolaban y destacaban en cambio algunos rasgos presentes en realidad años después de la derrota de la primera ola revolucionaria para darle un carácter “socialista interrumpido” (lo cual derivaba del hecho de que, con Lázaro Cárdenas, algunas tareas socialistas se inscribieron en el orden del día del movimiento-gobierno).

Es que el carácter “permanente” de la revolución (entrelazamiento de las tareas democráticas con las socialistas, sin fases o etapas fijas) deriva de que toda revolución real debe resolver tareas étnicas, antirracista, democráticas, culturales, de racionalización económica, agrarias- o sea, relativas a la propiedad de la tierra- junto con las antiimperialistas (defensa de la independencia nacional y de la identidad nacional) combinando así las reformas en el sistema con la lucha contra el eje mismo de ese sistema, que es la dominación imperial.

Antes que nada: ¿quién hace la revolución?

La respuesta es inmediata: el Viejo Topo, el capitalismo, que socava las estructuras del sistema y lo torna aberrante en el imaginario de millones de personas, que son quienes combinarán medidas destinadas a tratar de defender las conquistas y un nivel de vida amenazados (o, simplemente, su existencia) con otras que afectan gravemente la dominación capitalista, sin la cual la explotación y la opresión son imposibles a mediano plazo. La revolución, en efecto, y perdónese esta verdad de Perogrullo, no la hacen los

<sup>3</sup> James D. Cockcroft (1976) *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution 1900-1913* y Adolfo Gilly (1971) *La revolución interrumpida, México 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*, son los representantes más destacados de esta tendencia (en particular el segundo analiza el papel de las masas en Morelos y abre nuevos caminos al análisis).

revolucionarios: la prepara y organiza el sistema. Y aquéllos pueden dirigirla (o ponerse a su cabeza, lo cual no es lo mismo) si tienen sensibilidad para comprender qué quieren las masas incluso en el error y que la economía, el Estado, la política, son relaciones conflictivas (no unitarias) entre personas y grupos o clases, donde éstas, en última instancia –pero sólo en última instancia y después de otras mediaciones– son lo decisivo. Pongo un ejemplo “cubano”. En 1957 los partidos comunistas de todo el mundo decían que los revolucionarios que combatían en la Sierra Maestra eran “aventureros pequeñoburgueses” y que sus contactos con sectores burgueses antibatistianos, como el de Prío Socarrás, y su indefinición teórica les llevaría al fracaso. No tenían en cuenta ni la voluntad real (no la conciencia teórica) y los actos de esos revolucionarios ni los cambios que ellos estaban produciendo en el pueblo cubano. O sea, partían de la teoría vista dogmáticamente, pero no de la realidad y retardaron la comprensión teórica de los trabajadores de sus respectivos países, los cuales, sin embargo, se alinearon de inmediato con la revolución cubana apenas vieron la liquidación del aparato estatal anterior, pues se reconocieron en el pueblo en armas ejerciendo el poder (eso fue, también, lo que llevó a Washington a oponerse desde el primer momento a esos peligrosos “barbudos”). Otro ejemplo, esta vez del Che: en su gira por América Latina, cuando era aún un dilettante político con ideas confusas, [narróreflejó](#) la pasividad con que los campesinos en armas bolivianos se dejaban rociar con DDT en el Ministerio de Asuntos Agrarios. No tenía en cuenta que las revoluciones son ondas sucesivas, no eventos únicos, y que lo principal en lo que veía era el armamento y el poder de los campesinos, no tanto su sumisión a la dirección nacionalista del MNR, en la que aún confiaban. Las revoluciones cambian a quienes las hacen. Pero éstos traen al proceso revolucionario su confusión y su formación anterior. En Bolivia, elementos puramente étnicos se unen con otros democráticos, el corporativismo y el gremialismo

conviven todavía con la idea “de cambiar el país” (o sea, de justicia, de igualdad) y de cambiar la propiedad de la tierra (“en Bolivia hay que ser vaca para disponer de 50 hectáreas”, dijo Evo, anunciando una reforma agraria).

Las revoluciones se hacen, además, para mantener las relaciones sociales amenazadas por el capital y por reformas que han sido exigidas una y mil veces a éste, pero que el mismo no quiere ni puede conceder. Esa suma de exigencias de reformas –cada una de las cuales es compatible en teoría con el capitalismo– es absolutamente incompatible con la forma actual de éste: o sea, con la concentración de la riqueza y del poder en manos de un puñado de seres y con la anulación de las bases mismas de la democracia, a nivel internacional y nacional. No hay una Muralla China entre las reformas y la revolución. Esta estalla para lograr aquéllas.

Por eso no es posible esperar que el “socialismo de nuestro siglo” en el que cree Hugo Chávez se presente a la discusión como modelo teórico diferenciado del “socialismo real” y de la socialdemocracia internacional. Por el contrario, hay que extraer de los hechos empíricos los elementos teóricos revolucionarios presentes en lo que la gente hace y en el doble poder que construye. El peor error de un analista político es juzgar a los protagonistas del cambio social por lo que dicen y no traducir [antes que nada](#) su lenguaje a la luz de la acción individual y colectiva. [Sólo después para](#), en una fase posterior, de análisis del discurso de los revolucionarios, [se podrá prestar atención ver ael](#) viejo ropaje de las nuevas ideas, [o los nuevos vinos en los viejos odres](#).

En Bolivia vivimos la primera revolución social de nuestro siglo, sin un “partido de vanguardia” y sin claridad sobre qué es el “socialismo” sobre el cual habla el MAS (que es un conjunto de organizaciones sociales). En Venezuela vivimos un proceso revolucionario muy

marcado por la intervención del Estado y por la falta de claridad, en todo, sobre qué hacer en cada aspecto de la sociedad (por ejemplo, si proteger el medio ambiente o desarrollar la venta de transgénicos y la explotación petrolera, altamente contaminadora) Para que se avance hacia el socialismo [las clases explotadas y oprimidas](#) deben ~~haber~~ [discusión sobre](#) proyectos y programas, ~~por parte de las mismas clases subalternas~~, con independencia del gobierno, pero en una alianza con éste para reforzarlo frente al imperialismo y la reacción local.

Estamos en una fase de contraofensiva, al menos en algunos países, contra las políticas neoliberales, aunque no contra el capitalismo. Pero un resultado de la mundialización ha sido eliminar la frontera entre lo nacional o interno y lo internacional o externo y, de este modo, hacer que lo que pasa en un pequeño país, como Bolivia, pueda influir en la conciencia de los trabajadores del mundo, incluso allí donde no hay indios ni campesinos. El capital nos está preparando el camino.

México, 29 de enero del 2006-01-29

### Resumen:

El trabajo plantea que no se pueden calificar ni medir los procesos por lo que dicen de sí mismos, sino por la extracción de conclusiones teóricas de los hechos. Destaca que el hundimiento sin resistencia ni balance del llamado “socialismo real” ha agravado las dificultades para los socialistas, que están muy aislados a escala mundial. Pero añade [el capital crea las condiciones para que](#) las revoluciones ~~las prepara el capital mismo~~, que en Bolivia se está produciendo la primera revolución social de nuestro siglo, sin partido socialista, pero en una tendencia que es [a](#) la vez antiimperialista y socialista. Previene también contra la influencia nociva del paternalismo estatal en la construcción de una conciencia socialista